

Pasan, también de Génova, inscrito como escudero, y que debía ser dignamente ayudado por el patron de la carabela, Juan Pérez, y el bravo contra maestre Martin de Fuenterrabía. Para añadir un auxilio moral á aquel pequeño buque, muy expuesto á encontrarse separado de la escuadrilla, le confió el único sacerdote que pudo embarcar; un celoso Franciscano, conocido bajo el nombre de el padre Alejandro (1).

Todo el personal se hallaba ya embarcado, pero no pudieron hacerse á la vela en seguida, porque el viento soplabá del Sud y detenía á los buques en la rada de Cádiz. Durante aquella inmovilidad forzada, una embarcacion, á la cual el viento había empujado con fuerza á la costa de Europa, dió aviso de que los moros acababan de bloquear la fortaleza portuguesa de Arcilla, en la costa de Marruecos. Sin preocuparse el Almirante por el viento contrario, caballero de la Cruz como era, mandó al punto levar anclas al son de trompetas, conforme al uso de los grandes Almirantes de Castilla (2). «Salió á pesar de aquel mismo viento (3), y llegó rápidamente al puerto.»

La vista de las velas españolas bastó para que huyeran los moros, quienes, por otra parte, habían encontrado una vigorosa defensa. El gobernador de la plaza había conseguido una gloriosa victoria en las murallas, recibiendo una honrosa herida. El Almirante le envió su hijo, su hermano y los oficiales capitanes de los buques, para ofrecerle sus servicios y complimentarle. El gobernador dispuso la más distinguida acogida á la comision, llenó de caricias al jóven don Fernando, y para dar gracias al Gran Almirante, envió á sus primeros oficiales, entre quienes los había que tenían la honra de ser sus deudos, por su parentesco con doña Felipa Moguis de Perestrello, su primera esposa (4).

Colon continuó su camino el mismo día. Como si hubiese recibido la recompensa de su actividad, el viento se le había cambiado. «Nuestro Señor me dió en seguida un tiempo tan bueno que llegué aquí en cuatro días,» escribió desde la Gran Canaria, donde hizo escala para renovar el agua, embarcar leña, y según su costumbre, un barril de azúcar negro. En su carta dirigida al Reverendo Padre Gorricio de la Cartuja de las Grutas, en Sevilla, le recomendaba el asunto que le había encargado para Roma. Daba gracias á Dios porque toda su gente gozaba de buena salud, y anunciaba que iba á hacer su viaje en nombre de la Santísima

(1) Es muy raro que el Padre Alejandro fué inscrito en el Rol de tripulacion, no bajo el título de Capellan, sino en calidad de Escudero. Hé aquí su inscripcion: *Fray Alejandro, en lugar de Escudero.*—Relacion de la gente é navios que llevó á descubrir el Almirante D. Cristóbal Colon.

(2) En cumplimiento de la orden del almirantazgo de Castilla de 1430 expedida por don Fadrique.

(3) «Y con él salí al socorro y fui al puerto.»—Carta de Cristóbal Colon, escrita en la Gran Canaria, al R. P. Gaspar, el 24 de abril de 1502.

(4) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXVIII.

Trinidad y que esperaba de ella la victoria (1). Esta expresion militar, por decirlo así, indica su único pensamiento. En el fondo de todas las contrariedades que habían retardado el cumplimiento de su empresa, veía Colon la lucha del espíritu del mundo contra el de la Iglesia, cuyo caballero era él. Su vida era un combate contra el Príncipe del mundo, y esperaba triunfar de él finalmente. Terminaba su carta encomendándose á las oraciones del padre Prior y de toda la santa comunidad (2).

El 25 de mayo, por la tarde, partió Colon en nombre de la Santísima Trinidad.

El tiempo era magnífico; el viento empujó la escuadrilla con tan constante soplo que, sin cambio de amura, llegaron en diez y seis días al grupo de Caraibes. Hicieron escala en Santa Lucía, desde donde mandó el Almirante gobernar á la Martinica.

Allí dejaron caer el ancla para renovar el agua y la leña, tomar algunos viveres frescos, lavar la ropa y recrearse á la sombra de los árboles. Tres días pasaron en aquel delicioso pais. La escuadrilla navegó despues hacia la isla de San Juan, hoy Puerto Rico, costeano la encantadora curva formada por aquel archipiélago, que va escalonándose de la Granada á las grandes Antillas, y parece continuarse por los grupos de Bahama hasta las cercanías de la Florida. Á pesar del conocimiento que tenían las tripulaciones de aquellas aguas, no dejaban de admirar sin embargo las armonías de la luz, de la tierra y de las aguas. El aire estaba impregnado de olores balsámicos que la corriente de las brisas llevaba á las carabelas. La amenidad de las costas, cuyo encanto aumentaba una temperatura moderada, parecia convertir aquella navegacion en una excursion de recreo.

Desde la isla de San Juan quería el Almirante dirigirse al puerto de Santo Domingo, á fin de entregar allí la correspondencia de que estaba encargado, y cambiar el *Gallego* por otro de los treinta y dos buques que él sabía iban á regresar á España á las órdenes de su antiguo teniente, Antonio de Torres, porque, á pesar del buen tiempo, se habían reconocido durante el viaje los defectos del *Gallego*. Era de mal andar, muy fatigoso, y sus palos no entraban bastante en la carena. Las tres carabelas debieron recoger gran parte del velámen, para no dejarla atrás.

El 29 de junio llegó la escuadrilla en frente del puerto de Santo Domingo, y echó el ancla á una legua de distancia. El Almirante envió al capitán del *Gallego*,

(1) «Agora será mi viaje en nombre de la Santa Trinidad, y espero della la victoria.» — *Cartas del Almirante al R. P. Fray Gaspar.*

(2) «Al padre Prior y á todos esos devotos religiosos me encomiendo.» — *Cartas del Almirante al R. P. Fray Gaspar.*

Pedro de Terreros, en su lancha, para que él mismo expusiera al gobernador la necesidad de procurarse otro buque, y le suplicara le cediera una de las carabelas que iban á partir, ó que le proporcionara otra que el Almirante pagaría con su dinero. Debía pedirle también, de parte de su jefe, la competente licencia para entrar en el puerto con sus cuatro buques, á fin de guarecerse en él de una tempestad que preveía iba á estallar dentro poco tiempo.

El gobernador que, respecto del Almirante, había recibido órdenes particulares de los Reyes, y que en el mismo paquete de la correspondencia encontraba copia de las instrucciones dadas á Colon acerca de su itinerario, objetó la orden formal de los Reyes, la cual le había prohibido tocar en la Española. Es verdad que en las instrucciones no estaba prevista la necesidad de reparar averías ó de buscar un refugio contra la tempestad inminente. No cabe ninguna duda que Ovando hubiera podido conceder el permiso para que fueran á tierra; pero temía disgustar á los Soberanos, y sobre todo, enagenarse las simpatías de las oficinas de marina, si accedía á la petición del Almirante. Quizas no estaba tampoco convencido de la necesidad de reemplazar un buque botado al agua áun no hacía dos meses. Tocante á la necesidad de guarecerse por temor á la borrasca, daban en aquel momento á esa necesidad las apariencias de una chanza la serenidad del cielo, el esplendor del sol, y la calma de las azuladas olas. No solamente no concedió al Almirante el permiso para cambiar de nave, sino que le «prohibió el bajar, y hasta el atracar en el puerto.»

Habiéndose negado todo cuanto pedía el Almirante, volvió á bordo de la *Capitana* el capitán del *Gallego* para dar cuenta á su jefe del mal resultado de su comision. Mientras pasaba por entre las amarras, pudo contar en el puerto treinta y cuatro buques con pabellon de franquía. Era la escuadra que debía capitanear Torres, á la que se habían reunido dos carabelas compradas por un antiguo Notario, aficionado á la navegacion, que se llamaba Rodrigo de Bastidas.

Más fácil es figurarse que expresar la indignacion que se apoderó del grande hombre al verse rechazado «de la tierra y de los puertos que, por la voluntad de Dios, había ganado á España á costa de su sangre (1),» no pudiendo ni reparar las averías, ni guarecerse en una isla, cuyo Virey y Gobernador perpétuo era él, forzado, por consiguiente, á ofrecerse como una presa á la tempestad, y continuar su viaje con un buque inútil para navegar! Aquella negativa tan contraria á las leyes de la humanidad y á los usos del mar, esparció la consternacion en las tripulaciones. Pesóles de encontrarse mandados por un hombre á quien semejante rigor parecía echar fuera del derecho natural. Sobre todo los muchos marineros de

(1) Palabras textuales de Cristóbal Colon. — «... La tierra y los puertos que yo por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

Sevilla y de sus cercanías, imbuidos en las prevenciones que las oficinas de marina mantenían contra el Almirante, se miraron como en peligro, y deducían fatales pronósticos de semejante negativa.

Pero por profunda que fuera la indignacion del Almirante contra la crueldad de aquella prohibicion, su humanidad y caridad cristiana pudieron más que su resentimiento. Envió otra vez un comisionado al gobernador, para decirle que ya que él le negaba un asilo, á pesar de la necesidad en que se encontraba de reparar sus averías, y cuando amenazaba un grave peligro, rigor que él no creía conforme con la intencion de los Reyes, detuviera á lo ménos la escuadra lista para hacerse luégo á la vela, y que no la permitiera salir ántes de ocho días (1); porque el huracan se extendería hasta puntos muy lejanos, y que él iba sin pérdida de tiempo en busca de un punto de refugio.

Aunque Ovando estaba persuadido de que el Almirante buscaba un pretexto para exhibirse en la ciudad, como no entendía nada en navegacion y su prudencia le inducía á no descuidar un aviso útil, consultó á los pilotos y al capitán general Antonio de Torres. Conviene confesar que ninguna apariencia atmosférica parecía justificar la prevision del Almirante; por cuya causa se decidió hacerse á la vela el día ya convenido ántes. Los pilotos, consultando la atmósfera, hicieron alegremente burlas del siniestro presagio del anciano Almirante, á quien trataron de espíritu melancólico, de «falso profeta (2),» y quizas de caduco.

Muy apurado Colon por el estado del *Gallego*, no vió más recurso que dar al peor buque el mejor capitán. Mandó pasar á su bordo, como primer jefe, á su hermano don Bartolomé, hombre fecundo en recursos, é inmediatamente buscó un abrigo á lo largo de la costa vecina. Á pocas leguas de distancia, hallaron una reducida ensenada, bastante cerrada, á la que llamó «*puerto escondido*,» donde se aseguró lo mejor que pudo, y en seguida tomó todas sus disposiciones para recibir al huracan, con igual premura que si le hubiese visto venir.

§ III.

Mientras tanto, el buen estado del mar, el esplendor del cielo, la suavidad de las brisas sonreían á los que debían partir. Despues de tan largo tiempo de vivir léjos de sus familias y fuera de sus costumbres, deseaban con ánsia ver otra vez la

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXVIII.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. V, cap. II.

patria. Conforme con las órdenes de la reina, Ovando había notificado á todos los rebeldes que podían regresar á España. No pedían más la mayor parte de ellos, porque tenían hecha ya su fortuna, y cada uno de ellos se llevaba cantidades de oro capaces de suavizar el rigor de sus jueces.

Se les había distribuido en diversas carabelas en número de más de quinientos. Bobadilla, el gobernador destituido y que se consolaba de su desgracia con el oro que había reunido, se embarcó en la *Capitana*. Roldán, destituido como él y llamado á dar cuenta de su rebelión, había amontonado en dicho buque grandes cantidades de oro robadas bajo todas las formas, hasta por la violencia, durante su rebelión. En dicha carabela se habían embarcado cien mil pesos procedentes de los derechos reales. También se había trasladado al mismo buque, con gran sentimiento de toda la ciudad, el famoso pan de oro, el más enorme pedazo de oro nativo de que se ha hecho mención en la historia. Aquella masa, que más de mil hombres habían tocado con sus manos (1) con admiración y codicia, llegaba, según testimonio auténtico, al peso de «tres mil seiscientas libras de oro,» y deduciendo del mismo, según opinión de los mineros expertos, tres libras de piedra y merma, quedaba reducido á «tres mil trescientas libras de oro limpio (2).» También habían puesto los rebeldes en el mismo buque la cantidad de cien mil libras de oro fundido y marcado, y extraordinarias cantidades de granos muy grandes de oro nativo, para enseñarlos de aquella manera en España. Nunca se había visto reunida en un solo punto y á la vez igual suma de oro.

También había amontonadas en cada una de las carabelas otras riquezas adquiridas igualmente con desprecio de la justicia y de la humanidad, pagadas con la sangre y la vida de tantos desdichados indios.

Como todo estaba dispuesto, despidióse todo el mundo. El capitán general dió la señal de partida, y desplegando la escuadra sus velas, se alejó majestuosamente de las orillas del Ozama. Gobernó directamente al Sudeste, para ir á doblar el cabo de la Espada, en la parte superior de la isla Saona, é internarse en el Océano, después de haber doblado el promontorio del Engaño.

(1) «Globum eum mille amplius homines viderunt atque attraxerunt.» — Petri Martyris Anglerii. *Oceanæ Decadis primæ, liber decimus*, fól. 24, § D.

(2) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias occidentales*, lib. III, cap. VII. — La cifra de Oviedo nos parece que debe ser exacta, porque ese cronista oficial había sido inspector de la fundición de las monedas de oro en las Indias. Se ha dedicado á dar una cuenta exacta del peso y valor de esa pepita fenomenal. Recuerda que si en su memoria escrita en Toledo el año 1525, había designado la cifra de tres mil docientos, es porque no tenía á la vista sus notas, ni su Libro diario; pero que ahora, escribiendo su historia, está seguro de los lugares, y posee el testimonio de los testigos que vieron aquel grano, que pesaba un poco más de tres mil seicientos, inclusa la piedra

Todo iba á pedir de boca. Al impulso de una suave brisa llegaron á la altura del cabo Rafael, á distancia de unas ocho leguas próximamente, cuando amainó el viento y luego después repentinamente se aparecieron señales que alarmaron á los marinos. Condensóse el aire, y se apagó rápidamente el esplendor del día. El Océano se mantenía tranquilo y sin movimiento; el aire era pesado y sofocante. Para pilotos ejercitados no había lugar al engaño: aquello era el anuncio de la tempestad.

Aunque se hallaban á la vista de tierra, era imposible buscar refugio en ella. Ningun soplo de viento movía las velas que colgaban flojas á lo largo de los palos. El Atlántico descolorido estaba inmóvil como una losa de plomo. Ya no era posible volver al puerto, ni evitar el peligro de las costas aún cuando se expusiera á permanecer en alta mar. No faltaría indudablemente algún marino de los que habían hecho burla del Almirante, que hubiera querido en aquel momento, siguiendo el consejo de su antigua experiencia, no haber salido del puerto; pero ya era demasiado tarde. En aquellos instantes todo era inútil.

El efecto siguió de cerca á la amenaza.

Un repentino movimiento interrumpió la lisa superficie de las aguas; las olas se hincharon ennegrecidas después de algunas oscilaciones, y sus cimas se levantaron coronadas de blanca espuma como inmensos hervideros. Muy luego pareció que se levantaba el fondo mismo del mar; el lúgubre soplo de la tempestad rechinó en los palos que crugían estrepitosamente, y la soberbia escuadra parecía un juguete entre las montañas de espuma. Las vergas lamían el agua; la popa y la proa se sumergían alternativamente. Los tesoros acumulados en las embarcaciones fueron rudamente sacudidos, y al impulso de las olas chocaron entre sí varias carabelas, algunas de las cuales se abrieron y hundieron en seguida, otras lucharon con impotentes maniobras. Á la espantosa oscuridad del cielo se añadía una espesa lluvia. No se veía nada, ni se oían apenas las órdenes inútiles de la bocina, ni los gritos de la desesperada tripulación.

La *Capitana*, que llevaba tan prodigiosa carga de oro, á pesar de sus sólidas armaduras, fué presa del huracán, hecha pedazos, abierta en sus costados, deshecha y engullida luego en el abismo, sin que reapareciera nada de todo cuanto traía, hombres y tesoros. Más de veintiseis carabelas, cargadas enteramente de oro, despojos de los desdichados indios, fueron hechas pedazos y sepultadas en los abismos de las olas; otras, arrastradas por las espumosas olas del Océano, fueron empujadas á mares desconocidos, y zozobraron más tarde, después de haber sufrido por más largo tiempo las angustias de la desesperación.

De cuantos buques componían aquella soberbia escuadra, sólo dos ó tres hechos pedazos, medio anegados, regresaron á la Española; mientras que uno solo, el peor de todos, el más gastado, el más pequeño, llamado el *Aguja* continuaba su